

El País, 3 Maio 1998

UN SESENTA Y OCHO SIN SESENTA Y OCHO

68

Los estudiantes y los obreros del Mayo francés. Berkeley y las manifestaciones contra la guerra de Vietnam, la batalla por los derechos civiles en Estados Unidos, los discursos de Martin Luther King (y su subsiguiente funeral en Atlanta). La Primavera de Praga. La libertad sexual. Las reivindicaciones del individuo contra el Estado. La imaginación al poder. Todo esto (y mucho más) era el sesenta y ocho. Pero allí, donde estaba en aquellos momentos, no había nada parecido al sesenta y ocho que yo acababa de vivir en la Universidad de Pisa. ¿Y cómo hubiera sido posible? Escritores, artistas, intelectuales, opositores políticos, todos estaban bajo el control de la PIDE (Policía Internacional para la Defensa del Estado). Muchos estaban en el exilio. Otros en la cárcel, como inquilinos estables o esporádicos. La Guardia Nacional Republicana había reprimido violentamente las reivindicaciones obreras del cinturón industrial de Lisboa y las manifestaciones de los jornaleros del Alentejo. Portugal, como reza el título de un libro de Mario Soares, era un país amordazado. En cuanto a los estudiantes, las manifestaciones de los años precedentes en la Ciudad Universitaria habían sido aplastadas brutalmente por la "Policía de choque", con decenas de heridos y arrestados. Uno de los líderes de los estudiantes, que pasó serios apuros con la policía, era Jorge Sampaio, el actual presidente de la República portuguesa. El ministro de Educación, que no tenía duda alguna acerca de cómo educar a los estudiantes poco obedientes, era entonces Veiga Simão, llamado recientemente por el primer ministro Guterres para dirigir el Ministerio de Defensa portugués en el último reajuste del Gobierno. A veces parece casi como si la Historia estuviera de broma.

Aquel año, en la Facultad de Letras de Lisboa, yo asistía esporádicamente a las clases de los profesores Luis Lindley Cintra y Jacinto do Prado Coelho, gran lingüista el primero, finísimo crítico el segundo, ambos muy apreciados por los estudiantes, no sólo por su sabiduría, sino también por su abierto talante democrático. Un día salí de clase y me dirigí a tomar el tranvía. La plaza de la Ciudad Universitaria estaba desierta. Hasta los grupos de tres estudiantes reunidos provocaban el recelo de los policías de ronda. En una esquina de la plaza había una librería universitaria con una novedad en el escaparate: la última novela de José Cardoso Pires. Ya conocía la trama porque me había hablado de

ella mi amigo Alexandre O'Neill, que la había leído en pruebas. La compré y empecé a leerla en el tranvía. Se abría sobre un paisaje de nombre imaginario, la laguna de Gaífera, topónimo cuya etimología deriva de la antigua palabra *gafa*, sarna. El pueblo de Gaífera estaba rodeado de una arcaica muralla donde una lagartija inmóvil marcaba un tiempo que había permanecido inmóvil. El pueblo y sus alrededores pertenecían al ingeniero Palma Bravo, dominador de la región, de su mujer-esclava, de su ambiguo criado Domingos, de su jauría de perros de raza. Y un escritor que llegaba a Gaíferos para la cacería anual de patos, en el curso de una noche de insomnio, intentaba resolver un misterio: el supuesto asesinato de la mujer del ingeniero y de Domingos, el criado, y la desaparición del señor Palma Bravo, quizá herido en su hombría por la traición de su mujer, o tal vez como venganza de los lazos inconfesables que le unían al criado.

Aquel universo cerrado, sofocante, inmóvil y luctuoso era la metáfora del Portugal de la época. Y aquella novela hablaba de la necrosis de una dictadura que se negaba a morir pese a estar ya difunta. Así, gracias a la literatura, se celebraban ya los funerales del salazarismo que los capitanes demócratas habrían de abatir el 25 de abril de 1974.

Aquella noche, María José y yo cenamos en una tasca popular a la que íbamos con nuestros amigos. Algunos de ellos habían leído ya el libro gracias a un tamtan rapidísimo que se había difundido por Lisboa. Recuerdo el fervor que el libro suscitó en todos, porque explicitaba lo que habíamos intuido oscuramente sin sabémoslo aclarar ni a nosotros mismos: que una época estaba a punto de acabar porque había entrado en agonía. Aquella novela de Cardoso Pires era *El delfín*, una de las novelas fundamentales de la literatura portuguesa del siglo XX. Estábamos en 1968. Si aquel año significó en muchos países la muerte de una época, Portugal participó con una novela. Otra cosa es que luego, tanto en Portugal como en otros países, la época que se creía difunta diera sorprendentes señales de renovada vitalidad. El filósofo italiano Giambattista Vico sostenía que la historia se manifestaba mediante idas y venidas. Un proverbio francés, de manera no menos filosófica, sostiene que "tout passe, tout casse, tout lasse et tout se remplace".

Traducción de Carlos Gumpert.

